



SER HUMANO Y ANIMALES: ESTATUTO ONTOLÓGICO Y JURÍDICO DIFERENTES

HUMAN BEING AND ANIMALS: DIFFERENT ONTOLOGICAL AND LEGAL STATUS

JOSÉ JUSTO MEGÍAS QUIRÓS

Universidad de Cádiz

Avda. de la Universidad 4. 11406 Jerez Fra. (Cádiz)

josejusto.megias@uca.es

RESUMEN:

Palabras clave:

Dignidad, ser humano, animales, ontología, derechos humanos.

Recibido: 26/03/2019

Aceptado: 14/03/2020

El diferente estatuto jurídico de hombres y animales es consecuencia de su diferente estatuto ontológico. El ser humano está revestido de dignidad, lo que exige el reconocimiento de unos derechos que aseguren una vida digna. El animal carece de dignidad, pero debe ser objeto de protección por el Derecho, aunque no se le reconozcan derechos. Este estudio se centra en las diferencias ontológicas de mayor relieve entre el hombre y los animales, diferencias susceptibles de ser contrastadas empíricamente en la actualidad y por los datos aportados por la paleoantropología. Los derechos humanos, con su fundamento en la dignidad, constituyen la garantía de que los hombres puedan desarrollar capacidades exclusivas de su modo de ser y de las que carecen los animales.

ABSTRACT:

Keywords:

Dignity, human being, animals, ontology, human rights.

The different legal status of human being and animals is a consequence of their different ontological status. Human being has dignity, which requires the recognition of rights that ensure a dignified life. The animal lacks dignity, but it must be protected by law, even though it does not have recognized rights. This study focuses on the ontological main differences between human being and animals, differences that nowadays can be tested empirically by the data provided by paleoanthropology. Human rights, based on dignity, are the guarantee that human being can develop exclusive capabilities to their way of being and that animals lack.

1. Un acercamiento a la diferencia desde la prehistoria

El distinto modo de ser del hombre y de los animales es puesto de relieve por los paleoantropólogos, que concuerdan en la temprana diferenciación desde nuestros ancestros y que se acentúa con la aparición de *homo sapiens*. La simple observación empírica nos muestra un salto cualitativo en la naturaleza o modo de ser del hombre moderno que abre un abismo entre éste y los animales que conocemos. Este salto cualitativo es el que permite al hombre no sólo saber, sino valorar lo que sabe, transmitir conocimiento abstracto y aprender de los demás, realizar proyectos de vida –a largo plazo– y ejecutarlos, elegir entre las opciones de obrar valorando las consecuencias, sacrificarse por los demás sin hacerlo de modo instintivo, distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, plantearse la existencia de un más allá, etc.¹

Los seguidores del evolucionismo materialista apuestan por la simple evolución gradual de la materia como causa de ese salto y descartan una posible causa externa, pero no pueden justificar científicamente por qué el cambio se aprecia en el humano moderno y no en sus ancestros, y mucho menos en los animales². Wallace rechazó que todas estas capacidades propiamente humanas pudieran aparecer por simple evolución de la materia y descartó que un cambio tan espectacular fuera resultado de una lenta evolución gradual, apun-

tando a una causa sobrenatural. Darwin, sin embargo, sostuvo que eran resultado de un simple y largo proceso evolutivo³, hipótesis compartida por los seguidores que descartan saltos cualitativos en la naturaleza humana por causas externas. Para los seguidores de Darwin, entre los humanos y el chimpancé, animal con mayor parecido genético, no hay diferencia de cerebro, sino de su grado de desarrollo, sólo que en un momento el cerebro del chimpancé se estancó y desde entonces no ha experimentado desarrollo alguno, mientras que los humanos seguirían lentamente experimentando un desarrollo cerebral progresivo. David Premack afirma, sin embargo, que sí se produjo una auténtica discontinuidad entre nuestro primer ancestro y los grandes primates no humanos, un verdadero salto cualitativo, y que debieron producirse otros saltos posteriores que nos han distanciado aún más de ellos⁴. En mi opinión, no se ha producido un solo salto cualitativo, sino varios a lo largo de los últimos más de dos millones de años. Si bien se puede admitir solamente una diferencia gradual entre el chimpancé, el ardiriteco y el australopiteco, la aparición de *homo habilis* y *rudolfensis* supuso un salto cualitativo, apreciable en el pensamiento abstracto y la proyección de futuro. Hacer y portar herramientas líticas sofisticadas para utilizarlas en cualquier momento, como hicieron *habilis* y *rudolfensis*, no se había hecho hasta ese momento, y ningún animal lo hace en la actualidad.

Del mismo modo, se puede admitir una diferencia tan sólo gradual entre las sucesivas especies humanas, incluidos los primeros *sapiens* si se quiere. Nos faltan datos para valorar si los primeros *sapiens*, de los que sabemos muy poco, dieron el salto cualitativo definitivo que nos caracteriza en la actualidad, pero no nos cabe

1 Una relación exhaustiva de lo que nos distancia de los primates en Díez Fernández-Lomana, J.C., Rodríguez Marcos, J.A., *Las raíces de nuestra historia. De Atapuerca al Neolítico*. Cajacirculo (ed.), Burgos, 2009, 23.

2 Se ha presentado reiteradamente como verdad científica que la superioridad del ser humano guarda relación directa con el mayor volumen cerebral adquirido por las sucesivas especies de homínidos, pero esto sólo sería válido para los primeros cambios: *sapiens*, con un volumen cerebral (1450 cc) menor que neandertal (1550 cc), alcanzó un desarrollo superior mientras compartieron el nicho. Cfr. Gonzalo Sanz, L.M., *Enigmas en la evolución. Del hombre animal al hombre racional*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, 56. Hoy se trabaja en la influencia de genes exclusivos de los humanos con una activación progresiva, como el NOTCH2NL (relacionado con la mayor producción de neuronas durante el proceso embrionario), el SRGAP2C (encargado de la conexión de las neuronas) y otros 33 descubiertos hasta ahora que juegan un papel esencial en la capacidad racional y desarrollo de la inteligencia. Vid. Fiddes, I.T., Lodewijk, G.A., Mooring, M. et al., "Human-Specific NOTCH2NL Genes Affect Notch Signaling and Cortical Neurogenesis", *Cell* 173 (6), 2018, 1356-1369; y Suzuki, I.K., Gacquer, D., Van Heurck, R. et al., "Human-Specific NOTCH2NL Genes Expand Cortical Neurogenesis through Delta/Notch Regulation", *Cell* 173 (6), 2018, 1370-1384.

3 S.J. Gould y N. Eldredge atribuían en 1972 (Teoría del equilibrio puntual) la falta de fósiles de transición entre una especie y otra a una evolución que funcionaba por saltos en momentos y circunstancias concretas. Una vez que aparecía una especie, permanecía inalterable hasta su extinción, pero si un grupo quedaba aislado y sometido a una presión selectiva, podía evolucionar rápidamente hacia una especie nueva. Esta teoría, duramente criticada por R. Dawkins y D. Dennet (defensores de la evolución continua y gradual), ha sido retomada por Landis y Schraiber. Vid. Landis, M., Schraiber, J., "Pulsed evolution shaped modern vertebrate body sizes", *PNAS* 114 (50), 2017, 13224-13229.

4 Cfr. Arsuaga, J.L.-Martín -Loeches, M., *El sello indeleble. Pasado, presente y futuro del ser humano*. Random House Mondadori (Debate), Barcelona, 2013, 211.

duda de que en algún momento –ya fuera desde su origen o más adelante– dio un salto espectacular en sus capacidades que lo distanciaron de todos sus ancestros y de cualquier otro animal de entonces y de los actuales. No podemos decir lo mismo de neandertal porque con su extinción desapareció la posibilidad de contrastar hasta dónde pudo llegar. Su desarrollo intelectual fue inferior al de *sapiens*, pero aun así alcanzó un grado considerable⁵. Talló piedras de su entorno y se alejó para buscar otras más apropiadas para sus armas, se organizó socialmente, cuidó de sus heridos, practicó enterramientos, fabricó ornamentos personales, pudo tener un lenguaje más o menos desarrollado para comunicarse con sus congéneres y, en fechas recientes, se han descubierto evidencias de que cultivaron el arte de forma muy elemental (manos pintadas en negativo y líneas y puntos en el interior de las cuevas que habitaron). Se ha apuntado que llegó, incluso, a conocer el uso medicinal de algunas plantas, a las que pudo recurrir como remedio para tratar sus dolencias⁶. Todo ello nos hace suponer que neandertal tuvo en aquella etapa prehistórica una capacidad racional e intelectual similar a *sapiens*, muy superior a la de cualquier animal, pero sobre la que no podemos hacer más apreciaciones que las que permiten sus fósiles y su legado, pues se extinguió hace miles de años.

2. Centrándonos en la actualidad: el hombre y los animales

Son numerosos los autores que reivindican el reconocimiento de dignidad y derechos a los animales, en especial para los grandes primates⁷. Esto sólo podría hacerse

si partimos de una absoluta redefinición de la persona, de la dignidad y del Derecho. En las fuentes originarias se puede comprobar que la primera apelación histórica a la *dignitas* (como cualidad del ser humano) en el campo jurídico se hizo en el siglo II con la intención de reclamar un trato *humano* para los esclavos, de modo que, aunque el Derecho no les reconociera personalidad jurídica ni derechos, sí les reconocía un estatuto jurídico distinto al de los animales en razón de su humanidad: eran seres con dignidad⁸. Este primer reconocimiento no les libró de la esclavitud, pero sí de su cosificación y, en parte, del trato degradante a manos de sus dueños. El reconocimiento jurídico de la dignidad se abrió paso muy lentamente con el transcurso del tiempo hasta su admisión universal en el siglo XVIII y su posterior aceptación como fundamento de los derechos humanos en el siglo XX⁹. En el fondo de este reconocimiento siempre estuvo la idea de la racionalidad y la libertad natural que diferenciaba al ser humano de cualquier otro ser, correspondiéndole un estatuto jurídico distinto en razón de su estatuto ontológico. A la necesidad de reconocer y proteger la dignidad se llegó tempranamente por dos caminos distintos e inversos. Los filósofos griegos y primeros pensadores romanos se fijaron en la racionalidad y libertad natural exclusivas del ser humano para defender una superioridad ontológica sobre los animales que terminaría por reconocerse como dignidad. En cambio, los primeros autores cristianos que profundizaron en esta cuestión invirtieron los términos al sostener que la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios lo

5 A pesar de la mayor capacidad craneal, las evidencias sobre los neandertales que convivieron con humanos modernos los muestran intelectualmente inferiores. Su cerebro, además, tardaba más tiempo que el de *sapiens* en desarrollarse. Vid. Rosas, A., Ríos, L., Estalrich, A. et al., "The growth pattern of Neandertals, reconstructed from a juvenile skeleton from El Sidrón (Spain)", *Science* 357 (6357), 2017, 1282-1287.

6 Cfr. Estalrich, A., El Zaatari, S., Rosas, A., "Dietary reconstruction of the El Sidron Neandertal familial group (Spain) in the context of other Neandertal and modern hunter-gatherer groups. A molar microwear texture analysis", *Journal of Human Evolution* 104, 2017, 15-17.

7 El punto de partida de las corrientes animalistas es la negación de la diferencia ontológica de la persona y con ella las diferencias ontológicas con los animales. Como expone Pérez Marcos, la única ontología en la que creen es de carácter cientifista, ya sea fiscalista y biologicista. La primera aporta una imagen del mundo

basada únicamente en la física (completitud física: todo resultado tiene una causa física), planteamiento que expulsa la libertad humana y, con ella, a la propia persona como sujeto libre. Para el biologicismo todo es biológico, genes y replicadores, por lo que no hay nada en el ser humano que trascienda sus propias características biológicas: el hombre es un accidente de la naturaleza como cualquier otro animal, que se agota en sobrevivir y reproducirse porque está preparado biológicamente para ello. Cfr. Pérez Marcos, M., "¿El naturalismo es un antihumanismo? La ontología naturalista y la idea de persona humana", en G. Amengual, J. Arana, F.J. Génova, A. Guerra, M. Pérez y C. Herrando (coord.), *El ser humano: más allá del animal y la máquina*. Ed. Fundación Emmanuel Mounier, Colección Persona nº 62, Madrid, 2018, 125-147.

8 Cfr. Megías Quirós, J.J., "Dignidad y Derecho: de la Antigüedad a la Edad Media", *Anuario de Filosofía del Derecho* XXXIV, 2018, 312-316.

9 Vid. Habermas, J., "La idea de dignidad humana y la utopía realista de los derechos humanos", *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 44, 2010, 105-121.

dotaba de una dignidad inexistente en cualquier otra criatura, y esa dignidad originaria exigía que fuera creado con racionalidad y libertad. Es decir, el hombre no era digno por tener racionalidad y libertad, sino que tenía tales cualidades por haber sido creado con dignidad¹⁰.

De igual modo, la titularidad de derechos aparece en las primeras y sucesivas fuentes jurídicas como exclusiva del ser humano, ya que, por su racionalidad y libertad, sólo él era capaz de comprender las situaciones vitales, hacerse cargo de sus implicaciones y actuar con libertad y responsabilidad. Y aparece de forma reiterada ya en las fuentes medievales que los animales debían ser protegidos por el Derecho, pero no ser titulares de derechos porque carecían de racionalidad y libertad, y, por lo tanto, de responsabilidad¹¹.

Hoy, diversas corrientes, aun admitiendo que el animal carece de cualidades para hacerse cargo de sí mismo y de las consecuencias de sus acciones, reivindican derechos para ellos derechos con argumentos como la similitud de algunas de sus capacidades y la gran coincidencia genética. Aun siendo cierta la escasa diferencia genética entre el hombre y el chimpancé (apenas un 2%), responde N. Jouve que esa simple diferencia del 2% supone 63.5 millones de diferencias puntuales (el ADN tiene unos 3.175 millones de pares de bases nucleotídicas), diferencias que abren en la práctica un abismo entre uno y otro¹².

Los que más se nos aproximan en capacidades son el chimpancé, el gorila y el orangután, pero están a años luz de las capacidades humanas. Es cierto que otros animales pueden aprender de forma limitada por sí mismos o de los demás y transmitir algunos conocimientos, tener una relativa vida social, cuidar en cierta medida de sus congéneres, tener algún presentimiento de su muerte, utilizar algún tipo de herramientas, manifestar emociones, etc., pero no hay especie animal que reúna todas estas y otras muchas capacidades que sí se advierten en el ser humano.

10 Cfr. Megías Quirós, J.J., "Dignidad y Derecho: de la Antigüedad a la Edad Media", cit., 318-325.

11 Cfr. Megías Quirós, J.J., "El dominio sobre la Naturaleza: de la moderación escolástica al relativismo kantiano", *Persona y Derecho* 70, 2014/1, 153-155.

12 Cfr. Jouve, N., "La genética y la dignidad del ser humano", *Cuadernos de Bioética* XXIV, 2013/1^a, 97.

Quienes se empeñan en situar al animal y al ser humano en un mismo plano del ser en razón de que poseen algunas de esas capacidades, soslayan que los primeros las tienen de forma parcial y que ninguno alcanza el grado en que se presentan en el ser humano. La clave está en su modo de ser, en la compleja racionalidad y libertad¹³, *cualidades* que se manifiestan en *capacidades* concretas que le permiten hacerse cargo de su vida en el entorno en el que convive junto a los demás, algo fuera del alcance de cualquier otro animal conocido. Cuándo y cómo aparecieron y se desarrollaron estas cualidades y capacidades que nos diferencian de los animales son cuestiones difíciles de responder¹⁴. Pero lo cierto es que sólo nosotros las tenemos, o sólo nosotros las tenemos en un grado tan cualificado que nos hace ser distintos de los animales en el modo de ser, como trataremos de exponer brevemente –por razones de espacio- a continuación.

3. Consciencia y autoconsciencia

La consciencia, el saber qué somos y quiénes somos, es propia del hombre. Como afirma Arsuaga, "los animales tienen –además de sensibilidad- deseos y conocimiento, pues saben y quieren, pero no parecen capaces de analizar sus propios deseos y conocimiento: no saben lo que saben ni tampoco saben lo que quieren, porque les falta el *tercer ojo*, el que mira para adentro. La consciencia humana se dirige también hacia sí misma, y así somos conscientes de tener consciencia"¹⁵. La incapacidad del

13 No se trata de una libertad para obrar conforme a los instintos sin que nada lo impida, sino la libertad para alcanzar ser uno mismo siguiendo la naturaleza propia. Como afirma J. Arana, el hombre es un conglomerado de naturaleza y libertad. Lo natural es aquello que se da en todos y que permite reconocernos como miembros de la misma especie, mientras que la libertad es lo que nos caracteriza a cada uno, lo que nos permite distinguirnos hasta convertirnos en individuos únicos e irrepetibles. Cfr. Arana, J., "Cerebro, mente y persona", en G. Amengual, J. Arana, F.J. Génova, Á. Guerra, M. Pérez y C. Herrando (coord.), op. cit., 43-63.

14 Para S. Mithen, antes de que los humanos alcanzaran la autoconsciencia, debieron adquirir otras facultades que sirvieron de antesala. Además de la inteligencia general, social y ecológica que se advierte en sus ancestros, con los humanos surgió una desarrollada inteligencia tecnológica que permitió la fabricación de herramientas y un lenguaje de signos sonoros. La plena interconexión de todas las capacidades produjo un salto cualitativo en el modo de ser de *sapiens*, permitiendo una completa y compleja autoconsciencia del sujeto. Vid. Mithen, S., *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Crítica, Barcelona, 1998.

15 Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal*. Temas de Hoy, Madrid, 1999, 234. Cfr. también Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello in-*

animal alcanza no sólo al conocimiento de su interior, sino al reconocimiento externo de sí mismo. Sólo los grandes primates, con una mínima consciencia, se reconocen a sí mismos ante un espejo, mientras que el niño comienza a reconocerse alrededor de los 18 meses de edad¹⁶. La autoconsciencia nos permite reconocernos interiormente y valorar lo que sucede en nuestro interior, ser conscientes de nuestros sentimientos y emociones y valorarlas. Por supuesto que los animales con un sistema nervioso central pueden sentir y manifestar emociones (estrés, alegría, sufrimiento, dolor, etc.), pero no valorarlas ni controlarlas, aunque aparezcan cada día más estudios sobre la similitud entre las emociones de animales y las humanas, fruto de una proyección del modo de sentir humano en las conductas de los animales¹⁷.

A diferencia del animal, no sólo somos conscientes de nosotros mismos, sino también de la existencia de los demás tal como son y la relación que guardan con nosotros, por ello, sólo nosotros somos capaces de reconocer lazos familiares amplios, de reconocer a otros como padres, hermanos, abuelos, sobrinos, tíos, nietos, etc.¹⁸ Y no sólo de reconocerlos, sino de asumir su cuidado cuando las circunstancias lo requieren, aunque haya transcurrido largo tiempo desde que finalizó la convivencia. No es extraño que un hijo regrese a casa de sus padres ante una situación adversa, o que los hijos acojan a sus padres cuando se han hecho ancianos y necesitan cuidados, conducta que no se aprecia en ningún animal. La consciencia nos permite incluso la posibilidad de meternos en la mente de los demás e intuir su actuación, algo que no hace ningún animal. "Sólo nuestra especie

tiene *intensionalidad* (con *s*): no sólo sé que yo tengo una creencia sobre tu estado mental, sino que también sé que tú tienes otra sobre el mío"¹⁹. Basta mirar a la cara a una persona durante una conversación para saber si nos cree o no, o para intuir lo que piensa al respecto, o valorar su estado de ánimo, etc. Es esta consciencia la que provoca, por ejemplo, que un ser humano se ruborice –algo exclusivo del hombre- o llore por una simple mirada ajena²⁰.

4. Capacidad ética

Lo bueno y lo malo, lo recto y lo incorrecto, en abstracto y en concreto, sólo es perceptible para el ser humano, capaz de descubrir valores éticos, de vivir conforme a ellos y elegir *libremente* entre las opciones que se le presentan en la vida real, sin condicionamientos meramente instintivos. La ética implica necesariamente racionalidad y libertad, capacidades que nos permiten el dominio sobre nosotros y sobre lo que nos es necesario para realizar nuestro proyecto de vida, y para hacernos cargo de las relaciones de finalidad hasta el punto de centrarnos en favor los demás²¹. La racionalidad nos permite conocer los bienes no sólo en cuanto apetecibles conocimiento animal, sino también en cuanto a su verdad. A diferencia del animal, cuyos sentidos perciben el bien únicamente como término de su apetito sensible, el hombre lo puede captar además en su naturaleza, es decir, como un bien concreto y limitado que le moverá por la relación que guarde con el bien absoluto o felicidad. De ahí que afir-

deleble, cit., 74, donde extienden una débil consciencia a los simios antropomorfos.

16 Cfr. De Waal, F.B., Dindo, M., Freeman, C.A. et al., "The monkey in the mirror: hardly a stranger", *PNAS* 102 (32), 2005, 11140-11147. El chimpancé tiene una consciencia muy limitada, se quedó en la frontera entre lo animal y lo humano, línea que no cruzó. Cfr. Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal*, cit., 235-236.

17 Numerosos estudios realizan este antropomorfismo con el objetivo de alcanzar una mayor protección de los animales, como el de Bekkoof, M., *The Emotional Lives of Animals: A Leading Scientist Explores Animal Joy, Sorrow, and Empathy – and Why Their Matter*. New World Library, Canadá, 2007. Sobre las ventajas y desventajas del antropomorfismo, en el sentido de interpretar las capacidades de los animales de forma análoga a las humanas, vid. Scotto, C., "Empatía, Antropomorfismo y Cognición animal", *Principia* 19 (3), 2015, 423-452.

18 Cfr. Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 152-153.

19 Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 272.

20 Premack y Woodruff (1978) negaron la teoría de la mente en el chimpancé, la capacidad para distinguir contenidos mentales (los actuales de los anteriores, los propios de los ajenos) porque ello requiere una doble línea mental que permite ponerse en el lugar del otro. El chimpancé parece tener una capacidad precedente remoto de nuestra teoría de la mente, puede intuir percepciones de otro por su postura o gestos, pero no con una simple mirada cara a cara. Sin embargo, otros sí se la reconocen. Cfr. Call, J., Tomasello, M., "Does the chimpanzee have a theory of mind? 30 years later", *Trends in Cognitive Sciences* 12 (5), 2008, 191.

21 "El hombre es aquel ser que puede desconsiderarse a sí mismo y relativizarse... Dicho de otra manera: puede presentar sus propios intereses en un discurso de justificación cuyo resultado esté abierto, porque puede en principio reconocer como igualmente dignos de consideración los intereses de todos los demás, según su rango y peso... Puede ponerse a sí mismo en servicio de algo distinto de sí, hasta el sacrificio de sí mismo". Spaemann, R., *Persona y Derecho* 19, 1988, 22.

me Amengual que no es sólo la razón en sí lo que nos diferencia del animal, sino sobre todo la razón moral. También los hombres se comportan a veces como animales, y no es que carezcan de razón, sino que ésta no ha sido puesta al servicio de la capacidad moral propia del ser humano para descubrir y hacer el bien, clave para, siguiendo a Heidegger, distinguir las dos formas diferentes de ser y estar en el mundo: mientras que el hombre se *comporta*, el animal únicamente es capaz de *hacer* siguiendo sus impulsos. Sólo el ser humano es capaz de captar el mundo tal como es, de ahí que sólo él pueda *configurarlo* mediante un comportamiento responsable²².

Afirma Turbón, siguiendo a Campbell, que la ética "surgió del total desarrollo de la autoconciencia en un contexto social cuando la cooperación grupal fue decisiva para la supervivencia"²³. Aunque pueda parecer que existe algo parecido en primates y alguna otra especie (perros, lobos, etc.), éstos carecen de conciencia individual, de modo que su comportamiento hacia los demás responde como mucho a una conciencia grupal²⁴. Es cierto que tienen capacidad para cooperar, pero limitan su cooperación al grupo más próximo, excluyendo incluso a familiares cercanos. Ningún animal se plantea cooperar o ayudar a los extraños; puede que suceda, que una petición de ayuda termine por moverlos a actuar, pero no es lo normal. ¿Estaría dispuesta una perra a jugarse la vida por un cachorro que no es suyo? La experiencia nos muestra que no, porque es el instinto el que la insta a salvar sólo a sus propias crías, salvo que esté adiestrada para hacerlo y se le pida en el momento²⁵.

22 Cfr. Amengual, G., "La pequeña diferencia entre el hombre y el animal", en G. Amengual, J. Arana, F.J. Génova, Á. Guerra, M. Pérez y C. Herrando (coord.), op. cit., 21-41.

23 Cfr. Turbón, D., *La evolución humana*. Ariel, Barcelona, 2006, 184. Se ha afirmado que también el animal es social, pero se trata de una socialidad muy restringida, cuya comparación con la humana ha recibido críticas incluso de autores naturalistas, que afirman que entonces deberíamos hablar del ser humano como ultrasocial. Vid. Tomasello, M., "The ultra-social animal", *European Journal of Social Psychology* 44, 2014, 187-194.

24 "Los seres no-humanos no son capaces de hacerse cargo como algo propio de aquellas relaciones de finalidad en las cuales están externamente involucrados. Estos seres permanecen inevitablemente en el centro de su propio ser y refieren todo lo demás a ese centro, a sí mismos o, en todo caso, a su especie". Spaemann, R., "Sobre el concepto de dignidad humana", op. cit., 22.

25 El naturalismo defiende diversos tipos de altruismo animal, como el genético (cuidar de las crías aun a costa de la propia vida) o el recíproco (determinado por el interés propio, se colabora porque se recibe), pero el altruismo humano va más allá. Podemos captar

En los humanos, en cambio, el cuidado de los demás se aprecia en épocas muy tempranas, como muestran los fósiles de *homo georgicus* de Dmanisi, individuo que, por sus lesiones, debió sobrevivir gracias a los cuidados de sus congéneres. También hay evidencias del cuidado de neandertal hacia sus allegados²⁶.

Es la capacidad ética la que hace que el hombre prefiera convivir con personas que vivan con rectitud, amables, cooperativas, respetuosas, etc., evitando a quienes maltratan a los demás o basan sus decisiones en puro egoísmo. En cambio, es frecuente que el animal prefiera aliarse con el *matón*, al que ve como el poderoso que puede ofrecerle protección en caso de problemas. Resulta interesante cómo, incluso el bonobo, el que más se nos parece genéticamente, prefiere aliarse con individuos que imponen por la fuerza sus caprichos, lo que se interpreta como una alianza con el poder de hecho²⁷.

5. El dominio del lenguaje

Otra característica esencial que nos diferencia de los animales es el uso de un lenguaje simbólico y complejo, que requiere no sólo la capacidad de conocer y abstraer, sino también la de comunicar un significado mediante palabras organizadas con sintaxis, expresando ideas abstractas o concretas de forma comprensible para los demás²⁸.

La genética ha venido a arrojar luz sobre la capacidad de hablar con los estudios sobre el gen del lenguaje, el FOXP2, determinante para el desarrollo de las

la necesidad de un desconocido y, por nuestra libertad moral, renunciar a lo nuestro para ayudarle, aunque la biología nos incline en otro sentido. Es la percepción del tú y sus circunstancias las que mueven al altruismo moral humano. Vid. Soler, F., "El tú y el yo en la nueva ciencia cognitiva", *Acontecimiento* 120, 2016, 51-54.

26 Vid. Trinkaus, E., Villotte, S., "External auditory exostoses and hearing loss in the Shanidar 1 Neandertal", *PLoS ONE* 12 (10), 2017, y Trinkaus, E., Samsel, M., Villotte, S., "External auditory exostoses among western Eurasian late Middle and Late Pleistocene humans", *PLoS ONE* 14 (8), 2019.

27 Vid. Krupenye, C., Hare, B., "Bonobos Prefer Individuals that Hinder Others over Those that Help", *Current Biology* 28 (2), 2018, 280-286.

28 No se puede llamar propiamente lenguaje a la comunicación gestual o sonora de los animales. Incluso el *lenguaje de signos* utilizado por humanos en caso de sordomudez ha requerido una costosa elaboración y exige un conocimiento abstracto y aprendizaje inasequible al animal. El chimpancé puede aprender algo de lenguaje sonoro y de signos, pero muy limitado y con profesores humanos. Cfr. Turbón, D., op. cit., 66-67.

áreas cerebrales y centros nerviosos que intervienen en el habla. Los primates no humanos carecen de este gen, mientras que en *sapiens* –según los estudios más recientes– se activó hace tan sólo unos 120 mil años, momento en el que, según Watson, comenzaría el lenguaje simbólico complejo al disponer ya de la capacidad física (aparato fonador). Para Gonzalo Sanz debió comenzar de forma gradual, con una comunicación más compleja que la anterior, pero aún rudimentaria, y, sólo al alcanzar el pensamiento más abstracto que nos caracteriza, pudimos articular un lenguaje tan complejo como el que tenemos²⁹.

¿Tuvieron lenguaje los ancestros de *sapiens*? Davidson y Noble defendieron que no podría haber consciencia sin lenguaje, ni lenguaje sin consciencia, por lo que ambos debieron surgir a la vez en un momento de la historia humana. De ahí concluye Arsuaga que, “si es verdad que consciencia y lenguaje están indisolublemente unidos, hay en mi opinión lenguaje al menos desde el *Homo ergaster*”³⁰, aunque se trataría de un lenguaje básico y gestual. Esta hipótesis es la sostenida también por Everett, que atribuye a *erectus* la necesidad de crear un lenguaje básico que permitiera el desarrollo de actividades en grupo en perfecta armonía de unos con otros. Ni podría articular palabras como las nuestras, ni tendría la carga simbólica de nuestro lenguaje, pero sería algo más que simples gruñidos³¹.

La capacidad de lenguaje en el animal no es posible porque carece del gen FOXP2 y, por tanto, no desarrollará jamás el área cerebral del habla³². Ningún animal puede desarrollar una capacidad de comunicación simi-

lar a la humana, aunque sí una comunicación basada en simples sonidos y gestos. Este *lenguaje* animal permitirá una comunicación muy limitada, cuya máxima manifestación será superada por el niño al alcanzar los tres años, que adquiere desde el primer año “unas capacidades para comunicarnos con los demás seres humanos que no admiten comparación con las de los chimpancés y demás primates, por muy listos que sean. La comunicación es una de nuestras grandes especializaciones”³³.

6. Aprender y enseñar: cultura y creatividad

Tanto por experiencia como por condicionamiento, el animal puede aprender por sí mismo y a través de las enseñanzas de sus *profesores* –humanos u otros individuos de su especie–, pero nunca llegará a alcanzar el *significado pleno* de lo conocido. Algunos tienen conocimientos instintivos que asombran, como el del castor para construir sus presas, o el de las aves que arrancan espinos para hurgar en las cortezas de los troncos en busca de alimento, etc. Otros los aprenden, como aprende el perro a cazar, o a pastorear, o a detectar drogas.

De nuevo, el animal que más se aproxima a nuestra capacidad de aprender es el chimpancé, pero se observa “un cierto paralelismo entre ellos y nosotros en el aprendizaje que dura sólo hasta los dos años y medio de vida. A partir de ese momento la brecha se hace más y más profunda, para finalmente llegar a ser un verdadero abismo”³⁴. Los primates se diferencian del resto de animales porque pueden aprender unos de otros y enseñar unos a otros, y por eso unos lavan las patatas antes de comerlas y otros no, unos fabrican utensilios para capturar termitas y otros no, unos cascan nueces con piedras y otros no³⁵.

29 Cfr. Gonzalo Sanz, op. cit., 123. Mithen data la antigüedad del lenguaje en unos 50 mil años y Chomsky en al más. Vid. Hauser, M., Chomsky, N., Fitch, W.T., “The faculty of language: What is it, who has it, how did it evolve”, *Science* 298 (5598), 2002, 1569-1579.

30 Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal*, cit., 269. Matiza que debió ser un lenguaje muy básico (op. cit., 285).

31 Vid. Everett, D.L., *How language began: The story of humanity's greatest invention*. W.W. Norton, New York, 2017. También neandertal pudo haber desarrollado un habla compleja similar a la de *sapiens*, pues contaba con el gen FOXP2 y con un hueso hioides idéntico al nuestro; sin embargo, la posibilidad de que tuvieran un lenguaje complejo no deja de ser una hipótesis, pues carecemos de evidencias. Cfr. Gonzalo Sanz, op. cit., 57.

32 Sobre el gen FOXP2, los estudios muestran la radical diferencia de su mutación en el hombre, ausente en el chimpancé y que hace inviable que éste pueda hablar; vid. Konopka, G., Bomar, J.M., Winden, K. et al., “Human-specific transcriptional regulation of CNS development genes by FOXP2”, *Nature* 462, 2009, 213-217.

33 Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 104. Esta capacidad de comunicación permitió el crecimiento del grupo sin que se deterioraran las relaciones entre los integrantes. Mientras que la relación entre los animales siempre se produce de forma directa entre dos individuos, por ejemplo, mediante el acicalamiento o la mirada, la relación entre los humanos puede ser múltiple gracias al lenguaje, sin que ninguno de los participantes se sienta desplazado. Cfr. Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 128-129.

34 Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal*, cit., 266.

35 El abismo entre primates y humanos ya existía respecto a *homo habilis*. El chimpancé puede aprender y enseñar a hacer y usar herramientas elementales (una rama de árbol para cazar termitas o un tronco para partir las nueces), pero no pasa de ahí. Tampoco utiliza herramientas para crear otras más avanzadas porque carece de la capacidad de abstracción (no mera observación) que ya tuvo

Se afirma que tienen cultura porque entre ellos se transmiten el modo y normas de vida del grupo, cómo conseguir comida o manipularla, etc., “pero no cabe duda de que la cultura en los seres humanos tiene un grado inmensamente mayor de sofisticación y complejidad, y una enorme cantidad de información acumulada”³⁶. En realidad, sólo por *analogía* podríamos llamar cultura a los conocimientos que poseen los primates y se transmiten³⁷.

La capacidad creativa abre otro abismo entre el hombre y el animal³⁸. Los instintos pueden llevar al animal a construir madrigueras, presas de retención de agua, nidos, etc., que nos asombran y consideramos auténticas obras de ingeniería. Pero cuando las analizamos en conjunto vemos que siempre repiten las mismas obras, que carecen de creatividad. El ser humano, en cambio, no deja de sorprendernos. Donde más se aprecia la diferencia creativa entre el ser humano y los animales es en el terreno artístico en sentido estricto. Éstos carecen de arte o de cualquier aproximación al arte, mientras que se han encontrado colgantes hechos por *sapiens* con conchas de caracol perforadas en la cueva de Bomblos (Sudáfrica) de unos 80.000 años de antigüedad, estatuillas de Venus que superan los 40.000 años, pinturas de hace 32.000 años de figuras antropomorfas y de animales (uros, caballos, bisontes, rinocerontes, ciervos, etc.), tallas de animales en marfil y flautas de hueso de esta misma época que responden a una concepción simbólica de la realidad que se pretendía reflejar y transmitir. Ningún animal, ni siquiera los primates más cercanos a nosotros, ha sido capaz ni lo será, de crear una obra artística, por simple que pueda ser. Lo más que pueden hacer los primates es aprender a garabatear o impresionar sus manos según lo que les haya enseñado un humano y les

homo habilis. Sobre el uso de herramientas por el chimpancé, vid. Humle, T., Matsuzawa, T., “Ant-dipping among the chimpanzees of Bossou, Guinea, and some comparisons with other sites”, *American Journal of Primatology* 58 (3), 2002, 133-148.

36 Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 182.

37 “A lo largo de la vida acumulamos, transmitimos e intercambiamos experiencias que pasan a las generaciones siguientes. Algo que ninguna otra especie es capaz de hacer”. Jouve, N., op. cit., 93.

38 Edward O. Wilson, reacio a distinguir ontológicamente entre el ser humano y los animales, reconoce sin ambages en su obra más reciente que la creatividad es una capacidad que sólo se manifiesta en el ser humano. Vid. Wilson, E.O., *Los orígenes de la creatividad humana*. Crítica, Barcelona, 2018.

pidan en cada momento, pero sin iniciativa y sin objeto concreto, pues carecen de la capacidad de proyectar que lo haría posible. Los niños, con cuatro años son capaces de dibujar, no sólo garabatos de colores, sino objetos y figuras de las personas más cercanas a las que caracterizan según la visión que tienen de ellas, con un colorido más vistoso o apagado, con mayor o menor tamaño, etc.

7. El sentido de la vida, de la muerte y la trascendencia

Otra característica significativa que nos distancia del animal es el sentido de la trascendencia y del más allá, que indica el valor que se da a la vida y a la muerte. Puede que la acumulación de un grupo de difuntos hace 430.000 años en Sima de los Huesos implique una consciencia del sentido de la mortalidad, aunque es más probable que indique el valor que otorgaban al hecho de estar vivos³⁹. La práctica de enterrar a los muertos es propia del ser humano. Los enterramientos más antiguos hallados hasta el momento son los de Galilea, en Skhul y Qafzeh, donde posiblemente fueron enterrados los protagonistas de una de las primeras migraciones desde África⁴⁰. Los enterramientos de hace 32.000 años en Cro-Magnon (Francia) y 25.000 años en Sungir (Rusia) indican que tenían ya una clara idea sobre la vida y la muerte, y que honraban a sus muertos con una sepultura cuidada y acompañada de objetos valiosos (colmillos, huesos, conchas, cuentas de marfil, brazaletes, lanzas, etc.) depositados seguramente como ofrenda⁴¹,

39 Cfr. Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal*, cit., 204. No se trataba de un simple instinto de supervivencia lo que hacía valorar la vida, sino algo más elevado que ese simple instinto.

40 Posiblemente esta práctica no fuera exclusiva de *sapiens*, pues se han descubierto también enterramientos de neandertal en Oriente Próximo y en Europa, pero la ornamentación que los acompaña no se aproxima a las del hombre moderno. Cfr. Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 90 y Sikora, M., Seguin-Orlando, A., Sousa, V.C. et al. “Ancient genomes show social and reproductive behavior of early Upper Paleolithic foragers”, *Science* 358 (6363), 2017, 659-662.

41 Afirma B. Cyrulnik que “el arte nació [en la prehistoria] para luchar contra la angustia de la muerte. Los hombres de esos tiempos no echaban el cuerpo del difunto porque sabían que lo iban a volver a encontrar durante la noche en sus sueños, es decir, en otro mundo. Por ello, para que los muertos estuviesen a gusto en esa otra dimensión, los hombres que les sobrevivían les ofrecían alimentos, joyas, plumas, huesos, collares de dientes y conchas, puntas de lanzas esculpidas con formas de animales”. Cyrulnik, B., “Tiempo de cambios”, en Picq, P., Digard, J.-P., Cyrulnik, B. et al., *La historia más bella de los animales*. Anagrama, Barcelona, 2006, 149.

lo que hace pensar de nuevo en el cambio cualitativo producido en la naturaleza de unos humanos que se plantearon cuestiones más profundas sobre la muerte y el más allá de la vida⁴².

Algún animal puede percibir que se le acerca la muerte y dirigirse a un lugar concreto para morir, o puede mostrar algo similar a nuestro dolor ante la muerte de un ser querido, pero sin consciencia de lo que sucede realmente y sin el sentido de la trascendencia que implica tal acontecimiento. Sólo el ser humano, como puso de relieve Ratzinger en los 70, es consciente de que, aunque inevitablemente debe morir, cuenta con una puerta abierta a la eternidad, lo que implica un modo único de enfrentarse a la propia muerte y a la de los demás⁴³.

8. Lo definitivo: persona y personalidad

Hasta ahora nos hemos referido a capacidades y manifestaciones externas del modo de ser que diferencian al hombre del animal, redefinidas en ocasiones intencionalmente para sostener que también están presentes en el animal (en general) y afirmar sin ambages que también éstos tienen libertad, lenguaje, altruismo, arte, creatividad y cultura, son capaces de conocimiento abstracto y aprendizaje, etc. Para ello han necesitado, por supuesto, redefinir la libertad, el altruismo, el conocimiento abstracto, el lenguaje, la cultura y todo lo demás.

Pero hay algo más central. Se han desfigurado los conceptos de persona y personalidad para afirmar que no todo ser humano es persona⁴⁴ o que el animal es tan

persona como el ser humano, por lo que es de justicia reconocerle dignidad (también redefinida) y derechos. Las reivindicaciones de este reconocimiento, desde muy distintos enfoques, tienen en común la redefinición del concepto persona para hacerlo extensible al animal. Destacan en este sentido, por su influencia posterior, las propuestas de Singer, Rollin, Regan, Rowlands, Ryder, Fox, Franklin, etc. Pero la persona es lo que es, no lo que queramos que sea.

Zubiri aportó luces para superar la confusión generada en cuanto a lo que es la persona. Elogió la claridad de romanos y capadocios al distinguir radicalmente entre la persona (no *res*) y cualquier otro ser (*res*)⁴⁵, y lamentó el retroceso de Descartes al presentar al ser humano de nuevo como una *res* (pensante) y de la filosofía kantiana centrada en la persona moral, de la que han llegado tantas versiones hasta nuestros días. Zubiri trató de romper con esa línea y mostrar la radicalidad de la persona, como ser único por su personeidad como base sobre la que desarrollar la personalidad propia: en la personeidad ya está el germen de cualquier elemento de la personalidad, que irá cristalizando con el actuar de cada uno. De ahí que Zubiri definiera la persona como “la unidad concreta de la personeidad según la personalidad”⁴⁶. Para Zubiri, la persona es persona ontológicamente antes de actuar, todo ser humano –y sólo el ser humano– tiene personeidad desde que comienza a ser, pero es el posterior actuar libre (inseparable de su biología y espiritualidad y de su interacción con los demás) el que configura su personalidad y perfecciona a la persona⁴⁷, pues ésta no

42 Cfr. Arsuaga, J.L., Martín-Loeches, M., *El sello indeleble*, cit., 295-299.

43 “Ser hombre significa ser para la muerte. Ser hombre es tener que morir, ser contradictorio: morir por necesidad biológica y natural y, al mismo tiempo tener, biológicamente un centro espiritual abierto que pide eternidad”. Ratzinger, J., *El Dios de Jesucristo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1979, 78. En noviembre de 2005 expuso este planteamiento, casi en los mismos términos, ante la Pontificia Academia de Ciencias Sociales en respuesta a lo “absurdo” o el contradictorio que podría ser nacer para morir, pero Dios no hace nada absurdo.

44 Frente a este reduccionismo se ha reaccionado el realismo y el personalismo. Sgreccia, por ejemplo, reclama el reconocimiento como persona de todo ser humano aunque una discapacidad le impida ser autónomo. “Todo sujeto que tenga esta naturaleza [racional], aunque no ejercite actualmente la funcionalidad cerebral neurológico-sináptica, es persona en cuanto sustancia individual dotada por naturaleza de racionalidad. Esta fundamentación ontológica del concepto de persona consiente el reconocimiento de una trascendencia que garantiza el respeto del ser humano en todas las

manifestaciones de la vida física contra toda tentativa filosófico-antropológica reduccionista que intente discriminar al hombre”. Sgreccia, E., “Persona humana y personalismo”, *Cuadernos de Bioética* XXIV, 2013/1^o, 117.

45 “Ha hecho falta el esfuerzo titánico de los capadocios para despojar al término de hipóstasis de su carácter de puro *hypokeímenon*, de su carácter de *subjectum* y de sustancia, para acercarlo a lo que el sentido jurídico de los romanos había dado al término persona, a diferencia de la pura *res*, de la cosa”. Zubiri, X., *El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, 323.

46 *El hombre y Dios*, 56. Cfr. también *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 113-114.

47 Lo resume acertadamente Guerra López al afirmar que “Dar-me cuenta del yo que soy significa que soy antes de *dar-me cuenta*. Más aún, el dar-me cuenta no podría darse si no hubiera un sujeto que lo realizara y cuyo ser fuera precisamente una realidad más extensa y comprensiva que la propia conciencia. (...) No es lo mismo el yo que la conciencia del yo. Solo piensa un yo que es y que es *personalmente*, es decir, un ser cuyo ser posee una cierta autarquía ontológica, un ser que posee su ser en *propiedad privada*, o como

llega al mundo de un modo acabado, sino que tiene que ir perfeccionándose en convivencia con los demás porque también es constitutivamente dialógica. La personalidad sería, por tanto, lo que permite a cada persona, partiendo de una personeadad común, llegar a ser lo que realmente es y *hacer* su propia realidad, realidad que le pertenece en propiedad desde el momento en que recibió el ser. En cambio, los animales no *hacen* su propia realidad, sino que ésta les viene dada inexorablemente de forma acabada, biológicamente, sin posibilidad de elegir entre realizaciones individuales diferentes ni elegir el modo de relacionarse con sus congéneres, todo le viene dado⁴⁸. El animal es sólo naturaleza, mientras que la persona es, además de naturaleza, una esencia abierta con inteligencia, sensibilidad y libertad, siendo determinante la acción para su perfección concreta⁴⁹.

Sin embargo, cada vez es más frecuente entre los seguidores del naturalismo atribuir personalidad a los animales por mostrar emociones, por la complejidad de sus cerebros, la capacidad para aprender juegos de reglas complicadas o identificar y clasificar objetos, la capacidad para adaptarse a nuevos escenarios, etc.⁵⁰ Como bien afirma Guerra Sierra, esta atribución de personalidad no es posible más que redefiniendo este concepto para identificarlo con *temperamento*, que sí se advierte en los animales. Define el temperamento como la suma de emociones y respuestas imperativas (instintos) resultantes de los estímulos captados, su evaluación inconsciente y los impulsos orgánicos generados que llevan a actuar en función de los requerimientos vitales del individuo o la especie. Su componente genético, neurológico, endocrinológico y bioquímico lo hacen difícil de

controlar, y aquí es donde se aprecia la gran diferencia entre hombre y animal: mientras que éste no puede modificarlo significativamente, el ser humano sí puede hacerlo gracias a su racionalidad y libertad, configurando así su propio *carácter* individual. El animal puede realizar comportamientos individuales diferenciados, pero responden siempre a las exigencias genéticas y biológicas de su propia especie, mientras que el hombre puede vivir su individualidad hasta el punto de superar lo que demanda su constitución biológica, abriéndose a lo trascendente y a que su huella perdure más allá de la muerte. Es la persona, y sólo la persona, la que esculpe su propio carácter a lo largo de su vida, configurando una personalidad en sentido estricto⁵¹.

9. Conclusiones

De lo expuesto podemos concluir que la diferencia en el modo de ser entre el hombre y los animales, resulta evidente. Tenemos muchas cosas que nos unen, pues también nosotros somos animales, pero el ser humano tiene unas características esenciales propias que abren un abismo en el modo de ser con respecto al resto de los animales: la libertad, la racionalidad, la eticidad, etc., nos hacen ser de un modo muy distinto al meramente animal. Esta diferencia es esencial en el terreno jurídico, haciendo que sólo el ser humano pueda ser titular de derechos por su racionalidad y libertad. Sólo el hombre puede tener plena capacidad jurídica y de obrar, aunque algún individuo pueda carecer de ella temporal (menor de edad) o definitivamente (discapacidad), en cuyo caso seguirá siendo titular de sus derechos aunque sean otras personas las que obren en su nombre. El animal en cambio, incluso siendo adulto

suele decir Karol Wojtyła, un sujeto *sui iuris et ab altero incommunicabilis*". Guerra López, R., "Bioética y racionalidad. El personalismo al servicio de la ampliación del horizonte de la razón en la fundamentación bioética", *Cuadernos de Bioética* XXIV, 2013/1ª, 44.

48 "Una persona es algo distinto de una piedra o de un árbol no solamente por sus propiedades, sino por su modo de realidad". *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza Editorial, Madrid 1992, 57.

49 Cfr. Castilla, B., "La persona, esa gran realidad. Zubiri y el Personalismo", *Quién* 1, 2015, 94-95.

50 Vid., por ejemplo, Carere, C., Maestriperieri, D. (eds.), *Animal personalities: behaviour, physiology and evolution*, The University Chicago Press, Chicago, 2013. Recopila numerosas investigaciones sobre la personalidad de animales (primates, mamíferos marinos, cefalópodos, peces, aves, etc.) desde perspectivas tan diversas como la de la ecología, la neurociencia, la psicología, la genética y la endocrinología.

51 Cfr. Guerra, Á. "La personalidad de los pulpos", en G. Amengual, J. Arana, F.J. Génova, Á. Guerra, M. Pérez y C. Herrando (coord.), op. cit., 97-123. Expone claramente que no se es persona porque se pueda conocer, o aprender, o comunicarse con los demás, algo que también hacen los animales, sino porque se es un *yo*, un sujeto integral (un todo singular irreplicable), subsistente (fin en sí mismo), independiente en el ser y en el obrar, con dominio sobre sí mismo) y de naturaleza espiritual (trascendente). La persona es un ser único con una dimensión espiritual, ética y estética ausentes en cualquier otro animal, que no reduce su felicidad a la satisfacción de las necesidades materiales, sino que se abre a lo trascendente y a un deseo de inmortalidad que se manifiesta en su tendencia a transformar el mundo en todas sus dimensiones para hacerlo mejor.

y sin discapacidad alguna, carece de capacidad natural para hacerse cargo de sus propias acciones –carece de libertad y entendimiento-, lo que les hace inhábiles para la responsabilidad derivada de sus acciones. Por supuesto que sienten y tienen emociones, y deben ser protegidos, pero ello no es suficiente para convertirlos en titulares de derechos.

Si la igual dignidad es el fundamento del derecho a la vida de todo ser humano, cada una de sus cualidades y capacidades, entroncadas con ese modo digno de ser, refuerza aún más el fundamento del resto de derechos humanos. La capacidad de autoconsciencia refuerza el fundamento del derecho al libre desarrollo y a la intimidad personal; la capacidad de aprender y enseñar refuerza el fundamento del derecho a la educación y a educar, el derecho a la cultura y a la investigación; el sentido de lo trascendente refuerza el fundamento de la libertad de creencias y de religión; la capacidad del lenguaje refuerza la libertad de expresión. Y así podríamos ir enumerando todas las capacidades naturales del hombre que demandan el reconocimiento de derechos que, de no ser garantizados, supondría impedir que cada persona se pueda desarrollar plenamente como tal (forjar su carácter y su personalidad).

En cambio, con el animal sólo podemos aspirar a ofrecerles una buena protección jurídica, mayor en la medida en que sus capacidades estén más desarrolladas. Sería absurdo reivindicar el derecho a la intimidad, o a la educación, o a la cultura, o la libertad de expresión o de creencias, etc., para los animales, ni siquiera para el chimpancé, porque nunca podrán ejercerlos. El derecho requiere consciencia, requiere racionalidad y libertad. Sí podemos, en cambio, protegerlos. Hasta hace escasas décadas el Derecho protegía a los animales por su valor instrumental, ahora ya no es así, de ahí las nuevas normas administrativas (que los protegen de determinadas formas de explotación, sacrificio, transporte, experimentación, etc.) y penales (que los protegen frente al abandono o al maltrato). Es en esta línea en la que se mueve la mayor parte de las legislaciones, más pegadas a la realidad que los movimientos ideológicos, aunque quede todavía mucho camino por recorrer.

Referencias

- Amengual, G., Arana, J., Génova, F.J., Guerra, Á., Pérez, M. y Herrando, C. (coord.), *El ser humano: más allá del animal y la máquina*. Ed. Fundación Emmanuel Mounier, Colección Persona nº 62, Madrid, 2018
- Arsuaga, J.L., *El collar de neandertal. En busca de los primeros pensadores*. Temas de Hoy, Madrid, 1999
- Arsuaga, J.L.-Martín -Loeches, M., *El sello indeleble. Pasado, presente y futuro del ser humano*. Random House Mondadori (Debate), Barcelona, 2013
- Bekkoof, M., *The Emotional Lives of Animals: A Leading Scientist Explores Animal Joy, Sorrow, and Empathy – and Why They Matter*. New World Library, Canadá, 2007
- Call, J., Tomasello, M., “Does the chimpanzee have a theory of mind? 30 years later”, *Trends in Cognitive Sciences* 12 (5), 2008, 187-92
- Carere, C., Maestripieri, D. (eds.), *Animal personalities: behaviour, physiology and evolution*, The University Chicago Press, Chicago, 2013
- Castilla de Cortázar, B., “La persona, esa gran realidad. Zubiri y el Personalismo”, *Quién* 1, 2015, 75-95
- De Waal, F.B., Dindo, M., Freeman, C.A. et al., “The monkey in the mirror: hardly a stranger”, *PNAS* 102 (32), 2005, 11140-11147
- Díez Fernández-Lomana, J.C., Rodríguez Marcos, J.A., *Las raíces de nuestra historia. De Atapuerca al Neolítico*. Cajacírculo (ed.), Burgos, 2009
- Estalrriich, A., El Zaatari, S., Rosas, A., “Dietary reconstruction of the El Sidron Neandertal familial group (Spain) in the context of other Neandertal and modern hunter-gatherer groups. A molar microwear texture analysis”, *Journal of Human Evolution* 104, 2017, 13-22
- Everett, D.L., *How language began: The story of humanity's greatest invention*. W.W. Norton, New York, 2017
- Fiddes, I.T, Lodewijk, G.A., Mooring, M. et al., “Human-Specific *NOTCH2NL* Genes Affect Notch Signaling and Cortical Neurogenesis”, *Cell* 173 (6), 2018, 1356-1369

- Gonzalo Sanz, L.M., *Enigmas en la evolución. Del hombre animal al hombre racional*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2007
- Guerra López, R., "Bioética y racionalidad", *Cuad Bioet.* 2013; 24(80):39-48
- Habermas, J., "La idea de dignidad humana y la utopía realista de los derechos humanos", *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 44, 2010, 105-121
- Hauser, M., Chomsky, N., Fitch, W.T., "The faculty of language: What is it, who has it, how did it evolve", *Science* 298 (5598), 2002, 1569-1579
- Humle, T., Matsuzawa, T., "Ant-dipping among the chimpanzees of Bossou, Guinea, and some comparisons with other sites", *American Journal of Primatology* 58 (3), 2002, 133-148
- Jouve de la Barreda, N., "La genética y la dignidad del ser humano", *Cuad Bioet.* 2013;24(80):397-398
- Konopka, G., Bomar, J.M., Winden, K. et al., "Human-specific transcriptional regulation of CNS development genes by FOXP2", *Nature* 462, 2009, 213-217
- Krupenye, C., Hare, B., "Bonobos Prefer Individuals that Hinder Others over Those that Help", *Current Biology* 28 (2), 2018, 280-286.
- Landis, M., Schraiber, J., "Pulsed evolution shaped modern vertebrate body sizes", *PNAS* 114 (50), 2017, 13224-13229
- Megías Quirós, J.J., "Dignidad y Derecho: de la Antigüedad a la Edad Media", *Anuario de Filosofía del Derecho*, XXXIV, 2018, 303-331
- Megías Quirós, J.J., "El dominio sobre la Naturaleza: de la moderación escolástica al relativismo kantiano", *Persona y Derecho* 70, 2014/1, 147-169
- Melis, A.P., Hare, B., Tomasello, M., "Chimpanzees recruit the best collaborators", *Science* 311 (5765), 2006, 1297-1300
- Mithen, S., *Arqueología de la mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*. Crítica (Grijalbo), Barcelona, 1998
- Murillo, I., *Persona humana y realidad en Xavier Zubiri*, Ins. E. Mounier, Madrid, 1992
- Picq, P., Digard, J.-P., Cyrulnik, B. et al., *La historia más bella de los animales*. Anagrama, Barcelona, 2006
- Ratzinger, J., *El Dios de Jesucristo*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1979
- Rosas, A., Ríos, L., Estalrich, A. et al., "The growth pattern of Neandertals, reconstructed from a juvenile skeleton from El Sidrón (Spain)", *Science* 357 (6357), 2017, 1282-1287
- Scotto, C., "Empatía, antropomorfismo y cognición animal", *Principia* 19 (3), 2015, 423-452.
- Sgreccia, E., "Persona humana y personalismo", *Cuadernos de Bioética XXIV*, 2013/1ª, 115-123
- Sikora, M., Seguin-Orlando, et al. "Ancient genomes show social and reproductive behavior of early Upper Paleolithic foragers", *Science* 358 (6363), 2017, 659-662
- Soler, F., "El tú y el yo en la nueva ciencia cognitiva", *Acontecimiento* 120, 2016, 51-54
- Spaemann, R., "Sobre el concepto de dignidad humana", *Persona y Derecho* 19, 1988, 13-33
- Suzuki, I.K., Gacquer, D., et al., "Human-Specific NOTCH2NL Genes Expand Cortical Neurogenesis through Delta/Notch Regulation", *Cell* 173 (6), 2018, 1370-1384
- Tomasello, M., "The ultra-social animal", *European Journal of Social Psychology* 44, 2014, 187-194
- Trinkaus, E., Samsel, M., Villotte, S., "External auditory exostoses among western Eurasian late Middle and Late Pleistocene humans", *PLoS ONE* 14 (8), 2019, s.p.
- Trinkaus, E., Villotte, S., "External auditory exostoses and hearing loss in the Shanidar 1 Neandertal", *PLoS ONE* 12 (10), 2017, s.p.
- Turbón, D., *La evolución humana*. Ariel, Barcelona, 2006
- Wilson, E.O., *Los orígenes de la creatividad humana*. Crítica, Barcelona, 2018
- Zubiri, X., *El hombre y Dios*, Alianza Editorial, Madrid, 1985
- Zubiri, X., *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 1986
- Zubiri, X., *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza Editorial, Madrid 1992